

la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

(Sur, Buenos Aires, septiembre de 1936)

ENTORNO MEXICANO

VISIÓN DE ANÁHUAC

I

*Viajero: has llegado a la región
más transparente del aire.*

En la era de los descubrimientos, aparecen libros llenos de noticias extraordinarias y amenas narraciones geográficas.

La historia, obligada a descubrir nuevos mundos, se desborda del cauce clásico, y entonces el hecho político cede el puesto a los discursos etnográficos y a la pintura de civilizaciones.

Los historiadores del siglo XVI fijan el carácter de las tierras recién halladas, tal como éste aparecía a los ojos de Europa: acentuado por la sorpresa, exagerado a veces.

El diligente Giovanni Battista Ramusio publica su peregrina recopilación *Delle Navigazioni et Viaggi* en

Venecia, el año de 1550. Consta la obra de tres volúmenes *infolio*, que luego fueron reimpresos aisladamente, y está ilustrada con profusión y encanto. De su utilidad no puede dudarse: los cronistas de Indias del Seiscientos (Solís al menos) leyeron todavía alguna carta de Cortés en las traducciones italianas que ella contiene.

En sus estampas, finas y candorosas, según la elegancia del tiempo, se aprecia la progresiva conquista de los litorales; barcos diminutos se deslizan por una raya que cruza el mar; en pleno océano, se retuerce, como cuerno de cazador, un monstruo marino, y en el ángulo irradia picos una fabulosa estrella náutica. Desde el seno de la nube esquemática, sopla un Eolo mofletudo, indicando el rumbo de los vientos —constante cuidado de los hijos de Ulises. Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados.

Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac. Deténganse aquí nuestros ojos: he aquí un nuevo arte de naturaleza.

La mazorca de Ceres y el plátano paradisíaco, las pulpas frutales llenas de una miel desconocida; pero, sobre todo, las plantas típicas: la biznaga mexicana —imagen del tímido puercoespín—, el maguey (del cual se nos dice que sorbe sus jugos a la roca), el maguey que se abre a flor de tierra, lanzando a los aires su plumero; los “órganos” paralelos, unidos como las cañas de la flauta y útiles para señalar la linde; los discos del nopal —semejanza del candelabro—, conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos: todo ello nos aparece como una flora emblemática, y todo como concebido para blasonar un escudo. En los agudos contornos de la estampa, fruto y hoja, tallo y raíz, son caras abstractas, sin color que turbe su nitidez.

Esas plantas protegidas de púas nos anuncian que aquella naturaleza no es, como la del sur o las costas, abundante en jugos y vahos nutritivos. La tierra de Anáhuac apenas reviste feracidad a la vecindad de los lagos. Pero, a través de los siglos, el hombre conseguirá desecar sus aguas, trabajando como castor; y los colonos devastarán los bosques que rodean la morada humana, devolviendo al valle su carácter propio y terrible: en la tierra salitrosa

y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca.

Abarca la desecación del valle desde el año de 1449 hasta el año de 1900. Tres razas han trabajado en ella, y casi tres civilizaciones —que poco hay de común entre el organismo virreinal y la prodigiosa ficción política que nos dio treinta años de paz augusta. Tres regímenes monárquicos, divididos por paréntesis de anarquía, son aquí ejemplo de cómo crece y se corrige la obra del Estado, ante las mismas amenazas de la naturaleza y la misma tierra que cavar.

De Netzahualcóyotl al segundo Luis de Velasco, y de éste a Porfirio Díaz, parece correr la consigna de secar la tierra. Nuestro siglo nos encontró todavía echando la última palada y abriendo la última zanja.

Es la desecación de los lagos como un pequeño drama con sus héroes y su fondo escénico. Ruiz de Alarcón lo había presentido vagamente en su comedia de *El semejante a sí mismo*. A la vista de numeroso cortejo, presidido por Virrey y Arzobispo, se abren las esclusas: las inmensas aguas entran cabalgando por los tajos. Ése, el escenario. Y el enredo, las intrigas de Alonso Arias y los dictámenes adversos de Adrián Boot, el holandés suficiente; hasta que las rejas de la prisión se cierran tras Enrico Martín, que alza su nivel con mano segura.

Semejante al espíritu de sus desastres, el agua vengativa espiaba de cerca a la ciudad; turbaba los sueños de aquel pueblo gracioso y cruel, barriando sus piedras florecidas; acechaba, con ojo azul, sus torres valientes.

Cuando los creadores del desierto acaban su obra, irrumpe el espanto social.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne. La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra en plástica rotundidad.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el Viejo Mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones embriagadoras, es exaltación de la vida a la vez que imagen de la anarquía vital: los chorros de verdura por las rampas de la mon-

taña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptuoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *ledard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y de abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos, para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí la vegetación arisca y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez, en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo en las palabras del modesto y sensible fray Manuel de Navarrete:

una luz resplandeciente

que hace brillar la cara de los cielos

Ya lo observaba un grande viajero, que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un

hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando, y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida: en su *Ensayo político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire y en su general frescura y placidez, pasaron aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual. Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios. Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo.

Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba, fatigado, hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente. Y fue entonces cuan-

do, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés ("polvo, sudor y hierro") se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba —ululando— la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

IV

*But glorious it was to see, how the open
region was filled with horses and chariots...*

Bunyan, *Tite Pilgrim's Progress*.

Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena, y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española), nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también

la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural.

El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común, ni la obra de la contemplación común—, convén-gase en que la emoción histórica es parte de la vida actual, y, sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas: no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos, y sólo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh Keats— a ningún objeto de belleza, engendrador de eternos goces.

Madrid, 1915.

INGLATERRA Y LA CONCIENCIA PENINSULAR

El simbolismo geográfico es una de las mayores fuerzas de la historia. En la literatura ha dado las narraciones de viajes, la *Odissea* y el libro de *Simbad*. Ignoro si habrá ejemplo moderno más seductor que el de Robert Louis Stevenson. Desde la intensa playa de Escocia, llena de terrores bíblicos, como aquellos marineros ebrios que nos describe, Stevenson padecía verdaderas pesadillas geográficas. A solas con su hijastro Lloyd Osbourne y en esos instantes de iluminación que suelen tener los hombres amigos de los niños, pintaba en los muros de una galería mapas irreales, vagos derroteros marinos. Cierta vez, dicen sus biógrafos, dibujó una isla en el estilo de las cartas imaginarias que ilustran las viejas ediciones de *Gulliver*. Le ocurrió llamarle *La isla del tesoro*. Más tarde, a instancias de su hijastro y de acuerdo con las estrictas aficiones de éste, de aquella cartografía

infantil surgió el libro que conocéis, donde la energía episódica pudiera ser tipo de un clasicismo en la ficción.

En la historia, a la imaginación geográfica debemos los descubrimientos de África y de América, y los crueles dramas polares. Los países de Marco Polo siguen dando nombre a los sueños de la humanidad. ¿Y no se experimenta toda la atracción de la idea geográfica, no se evoca todo el arrastre de tropeles humanos que ella ha producido o puede producir aún, cuando se dice: “paraíso terrenal”, “tierra prometida”?

No sólo la fantasía, más la realidad geográfica. Las luchas por la frontera natural son tradicionales. Los pueblos divididos por un río son -lo acusa la etimología- rivales. El Egipto es un don del Nilo -se viene diciendo desde los tiempos de Herodoto. Hay una cuestión discutida: la constante vecindad del mar ¿hace inmorales a los pueblos? Es sabido que la gente de costa posee civilización más rica, espíritu más nutrido que la de tierra adentro, y es, en general, menos muelle que ésta. Mas eso no se debe en absoluto al mar, sino, en mucha parte, a los hombres que llegan por el mar con su experiencia exótica y la consiguiente voluntad de confrontación, de crítica. El mar mismo, si no hace inmorales a los pueblos, desarrolla sus cualidades hasta ciertos extremos que, momentáneamente y ante el atra-

so de la inteligencia general, parecen dañinos, desconcertantes. El pueblo de playa está menos sujeto al “filisteísmo” continental. Así, los griegos fueron hijos del mar. *La dama del mar*, de Ibsen, caso eminentemente inmoral para el filisteo, puede interpretarse como un caso de alucinación geográfica delante del mar: influencia de aquella grande alma en la otra.

Abierta por todas partes a la sugestión de las sirenas, a las influencias turbadoras del mar, la isla parece imagen del riesgo. Mas por otra parte, parece figura del egoísmo; vive como concentrada en sí. Tal la Inglaterra. Durante los tiempos modernos, confiesa un historiador ecuánime, dondequiera se descubre una invencible creencia en el egoísmo y el cálculo comercial de Inglaterra. La frase hecha la declara pérfida. Los políticos imbuidos en lecturas como la *Psicología de los pueblos europeos* suelen contar, de antemano, con la perfidia de Inglaterra. ¡Candor e ignorancia!

Inglaterra ha creado un valor nuevo en la política: la conciencia insular. He aquí cómo se manifiesta, con las palabras del difunto Lord Grey:

“Aquel interés generoso y elevado que inmortaliza al héroe no podría justificar los motivos de la conducta política, porque las naciones no pueden ser caballerescas ni románticas”.

Su destino geográfico hace disfrutar a Inglaterra (la primera en la historia moderna) las ventajas de una autonomía congruente y sólida. Cuando Europa se debate en oscuras reacciones, bajo el aliento de Metternick –no completamente extinguido–, el ministro inglés puede sonreír “insularmente”.

La misión de la gran Bretaña ante los problemas continentales parece, pues, definida por su conciencia insular. Pero no hay que atribuir propósitos gratuitos. El editor literario del *Times* escribía a fines de agosto:

“Nuestros aliados combaten más de cerca que nosotros. Junto a los franceses o los belgas, casi no somos combatientes. Así, a la vez que les damos todo el auxilio que podemos, conservamos los deberes espirituales del no combatiente.... Nuestro mayor poder consiste en ser desinteresados... Mientras velan por nosotros nuestros marinos, y nuestras tropas se unen a los aliados, queda aquí el gran cuerpo de la nación, en quien la conciencia nacional debe conservarse alta y pura, para que, después de la guerra, ella venga a ser la conciencia del mundo”.

Amparada en su collar flotante de cañones, la isla escogida se reserva una misión terrible.

El inglés es raro de suyo, amigo de excentricidades. Como ha sabido ser un posgriego, es un preasiático es-

pontáneo. El inglés quiere recoger los últimos alientos de Europa, sobre la boca moribunda, y comunicar ese sopro al que ha de nacer¹.

París, septiembre de 1914

LECCIÓN I. LA MORAL Y EL BIEN

El hombre debe educarse para el bien. Esta educación y las doctrinas que ella inspira constituyen la moral o ética.

La moral de los pueblos civilizados está toda contenida en el Cristianismo. El creyente hereda, pues, con su religión, una moral ya hecha, pero el bien no sólo es obligatorio para el creyente, sino para todos los hombres en general.

El bien no sólo se funda en una recompensa que el religioso espera recibir en el cielo. Se funda también en

¹ La palabra “moral” proviene del bien y del verbo “morar” del griego. “Morar” significa “de la costumbre”. “Ética” significa “virtud”.

¹ *El Gráfico*, La Habana, octubre de 1914.